

Obtienen gran éxito

El prisionero de Zenda

creación de ALICE TERRY, BÁRBARA-LAMARR, RAMÓN NAVARRO, LEWIS STONE
tercer libro de

Los Grandes Films y

Ferragus (Los Trece)

creación de RENÉ NAVARRE
y ELMIRE VAUTIER

primer libro de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS
de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

En venta, en toda España, en todos los kioscos,
librerías, etc., al popularísimo precio de
UNA PESETA

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 84

25 cts.



**TODOS LOS
HERMANOS
FUERON VALIENTES**

por
Billie Dove
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción) Gran Vía Layetana, 17
Administración) Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 84

TODOS LOS HERMANOS FUERON VALIENTES

por BILLIE DOVE, LON CHANEY
y MALCOLM MC. GREGOR

Historia de B. AMES WILLIAMS



Concesionario:

S. HUGUET — Provenza, 292 — Barcelona

Argumento de la película de dicho título

(Con esta novela se regala la postal-fotografía de)
WESLEY BARRY

En Paradise-Cove, pintoresco lugar marítimo, cuyos habitantes se dedican a la pesca de la ballena, vivían

dos hermanos, Marcos y Julio Shore, únicos supervivientes de una familia de audaces marineros.

Marcos, orgulloso de su fuerza y temeridad, se había burlado más de una vez de la timidez de Julio, que era, según las apariencias, su antitesis.

En efecto, Julio no le había tomado cariño alguno al mar, tal vez receloso por la suerte que corrieron sus antepasados, y, además, por la razón de haber sido apresada con las amarras del amor su vida en tierra.

Priscila era la novia de Julio. Prometiéronse eterno cariño y anhelaban a quien más unirse pronto en santo matrimonio.

Aarón, simpático abuelo, carpintero de la goleta «Nathan Ross», dedicada a la pesca de la ballena, amigo de Julio y Priscila, cuyo mutuo enamoramiento le alborozaba, les regaló un barquito que construyeron sus manos.

—Esto es para la repisa de vuestra chimenea el día que forméis hogar—les dijo sonriente—. He querido terminarlo antes de que nos demos a la vela.

—Muchas gracias, mi buen Aarón—contestóle Julio estrechándole la mano—. Y buen viaje, aunque se lo repita luego en el puerto.

—Su regalo es muy bonito, señor Aarón—añadióle Priscila.

—Nada de eso tiene, hijita; su único valor consiste en el deseo con que fué concebido: que sea para vosotros la embarcación que os lleve por los mares de la felicidad.

Julio y Priscila recogieron las palabras de Aarón como un excelente consejo, y cuando el carpintero se hubo alejado de ellos, el primero dijo a su novia:

—Llevaremos el barquito a mi casa, en la que reinarás como hoy reinas en mi corazón, cuando seas mi esposa.

En su casa, situada sobre una colina, Julio depositó el barquito sobre una mesita y sus manos tropezaron con el libro de navegación de su familia. Muchos recuerdos de dolor y de gloria llenaron su imaginación.

—Este libro lo empezó mi padre hace años—le manifestó a Priscila—. Escucha la lectura de algunos de los manuscritos honrosos que encierran estas páginas amarillentas:



Julio depositó el barquito sobre una mesita...

«Noviembre, 11.—Hoy entró en el puerto el barco «Winona». El capitán Chase refiere que mi hijo mayor, Mateo, segundo piloto, trabajando en el salvamento de una lancha llena de hombres, fué muerto por el aletazo de la cola de una ballena.

«Todos los hermanos fueron valientes».

Octubre, 20.—Según mensaje recibido hoy, el capitán Noé Shore, después de traer felizmente su barco a través de un horrendo tifén de tres días, halló la muerte en su temerario empeño de no exponer a tal riesgo a los hombres de su dotación.

«Todos los hermanos fueron valientes».

Agosto, 4.—Este día el ballenero «Betty» se perdió en la isla de la Natividad. Toda la tripulación, excepto tres de sus hombres, pudo salvarse. El capitán Juan Shore se hundió con su barco.

«Todos los hermanos fueron valientes».

Marcos, hermano de Julio, capitán de la goleta ballenera «Nathan Ross» y verdadero ídolo del pueblo, apareció ante los enamorados y viendo el barquito que les regalara Aarón, exclamó:

—Tú, Julio, harías un buen patrón para este barco.

Era una nueva burla... cuyo mal efecto ocultó Julio en su alma.

Marcos, previos unos golpecitos en el adorable rostro de su futura cuñada, a guisa de caricia como de hermano mayor, les dijo:

—Marchaos ahora, muchachos. Tengo que hacer y necesito estar solo. Esperadme afuera e iremos juntos al puerto.

Obedecieronle los novios y entonces Marcos escribió en el libro el siguiente informe:

«Septiembre, 7.—Tiempo despejado.

En el día de hoy, yo, el capitán Marcos Shore, me hago nuevamente a la mar en el barco ballenero «Nathan Ross.»

En honor de la partida de Marcos, la banda de música de la aldea se dirigió a su casa y tocó una pieza del principio hasta el fin... ¡cosa rara!

La mitad de los habitantes de Paradise-Cove había seguido a la música; la otra mitad estaba en el puerto.

Marcos, acunado por la ternura de la admiración popular, salió de su hogar, con su maleta de viaje, y saludó en general varias veces.

Priscila, coqueta como todas las mujeres, sintió la voluptuosidad de los aplausos, y vió en Marcos un romano glorioso, semidivino. Tanto fué así, que, inconscientemente, dijo a Julio, como si le reprochase el olvido:

—Lleva tú su maleta.

Complacióla Julio, mal que le pesara hacerlo, y con cierta envidia vió las inequívocas demostraciones de afecto de que iba siendo objeto su hermano a medida que iba acercándose al puerto.

Antes de embarcar, Marcos fué a despedirse del propietario del barco de su mando, Basilio Worthen, quien le tenía en alta estima por sus inapreciables cualidades de navegante. Después de charlar amigablemente un rato, se separaron sobre estas palabras:

—Un buen ballenero, capitán Marcos, vuelve con todos los barriles llenos de aceite. Si ocurre lo contrario, es que alguien no se interesa o escamotea el beneficio.

—Eso yo me lo tengo aprendido de memoria...

Cumplidos todos los requisitos, Marcos llegó hasta el embarcadero y sin duda empujado por el viento de gloria que todos los aldeanos, a una, le lanzaban, se despidió de Priscila besándola por dos veces con vehemencia, y de Julio estrechándole con abandono una mano.

El gesto inopinado de Marcos con Priscila, ruborizó a la muchacha, que no opuso la menor resistencia a que la besara, calificando de natural e ingenua la expansión del hermano mayor de su novio.

Por su parte, Julio había cerrado furiosamente los

puños cuando presenció el licencioso proceder de Marcos... y por fortuna le veía ahora partir, pues con su marcha se disipó la nube de celos que ensombreció un momento su alma.

Mientras el «Nathan Ross» se deslizaba en la inmensa llanura del mar, Julio sorprendió el final de la conversación de unos viejos en la que se ocupaban de él.

—Muchas veces me he preguntado si Julio será algún día el hombre de temple que es Marcos.

—¡Son tan diferentes uno de otro!... A mi ver, Julio no está dispuesto a arrostrar peligros como sus parientes. Este último Shore ha salido «señorito» de ciudad.

A continuación de esta herida en su amor propio, Julio recibió otra de Priscila:

—¡Oh, Julio! Yo espero que algún día serás tú capitán... ¡como Marcos!

Eso era demasiado. A cada nueva salida de su hermano se repetiría la dolorosa comparación de su carácter con el de Marcos y el desprestigio de su persona aumentaría cada vez más.

No, no estaba dispuesto a pasar por un cobarde cuando por sus venas corría la misma sangre que convirtió en héroes a sus hermanos desaparecidos.

Y como si el cielo respondiera a un deseo de Julio, el armador del «Nathan Ross» se le acercó y le dijo afablemente:

—¿Qué diría usted si le ofreciera el cargo de primer piloto en mi nuevo ballenero, el «Martín Wilkes»?

—¿A mí? Pero...

—¡Convenido!...

—¡Sí! Esperaba esta ocasión.

* * *

Seis meses más tarde, el armador Basilio Worthen

recibió un cable informándole de que el «Nathan Ross» regresaba antes de tiempo y sin Marcos Shore.

Las lenguas del pueblo no descansaban, comentando la repentina vuelta del ballenero sin su capitán.

Finch, el primer piloto del «Nathan Ross», trajo el barco a su puerto de procedencia.

El armador, impaciente por conocer las causas del regreso de su barco en las circunstancias apuntadas, celebró una larga entrevista con el primer piloto en cuestión.

—Finch, yo deseo que usted me diga toda la verdad de lo que ha ocurrido con Marcos Shore.

—Puesto que usted lo exige, señor... El capitán Marcos había estado bebiendo largamente antes de ir a tierra en unas islas. Durante dos semanas registramos escrupulosamente dichas islas sin encontrar el menor rastro de él. Me temo, pues, que el capitán Marcos haya muerto... Si usted, señor, busca un buen patrón, le agradeceré que me tenga en memoria.

—¿Trae usted los barriles llenos de aceite?

—No, señor.

—Un buen patrón nunca vuelve con ellos vacíos. De modo que ya veremos...

Julio, olvidando las burlas de Marcos, sólo pensaba en que éste era su hermano, y temía por su suerte.

Enterado de lo que Finch había relatado al armador Worthen, Julio tuvo una idea firme y fué a comunicársela al naviero.

—¿No ha tenido usted más noticias de mi hermano?

—Nada nuevo, Julio... Sólo sé que ha desaparecido.

—Señor Worthen... Tengo que pedirle un favor... Me gustaría ser trasladado del «Martín Wilkes» al «Nathan Ross».

Finch, que estaba presente a la conversación, frunció

el ceño, ante el temor de que Julio desbaratara sus cálculos.

El armador preguntó a Julio con qué objeto deseaba cambiar de barco, aunque se lo imaginaba.

—Quiero ir a buscar a mi hermano—respondió Julio.

—Pero, muchacho, ¿no sabes tú que no hay en el «Nathan Ross» ninguna vacante de piloto?

—No importa. ¡Iré como un simple marinero!

—No dudo que irías; pero yo no te embarco a ti en esas condiciones... al menos mientras el «Nathan Ross» necesite un capitán. ¿Crees que tú podrías mandar mi barco?

—¿Yo?... Sí, sí, me comprometo a ello.

—Entonces, no hay más que hablar: te nombro capitán.

—¡Oh, gracias!

Ocultó Finch su enojo y escuchó lo que le decía el señor Worthen.

—Usted, Finch, puede conservar su antiguo empleo de primer piloto... si es que el capitán Julio Shore no dispone otra cosa.

—De ningún modo. Antes al contrario, me complacerá mucho retener toda la vieja tripulación de Marcos.

Finch no hizo la menor objeción. Antes bien, mostróse muy complaciente con Julio; pero al salir de casa del armador y al preguntarle varios marineros si él iba a ser su nuevo capitán, él les contestó con síntomas de despecho:

—¡No! Vuestro capitán será ese bobalicón de Julio Shore... ¡un marinero de agua dulce!

—¿Julio Shore?—repitieron los marineros.

—Sí, el hermano de Marcos... Worthen me ofreció el cargo a mí... pero lo rechacé.

Mientras Julio seguía departiendo con el armador

acerca de las nuevas obligaciones que él había contraído, al carpintero Aarón le faltó tiempo para ir a contarle a Priscila lo que Finch les había dicho.

—Julio va a ser el nuevo capitán del «Nathan Ross».

—¿Es posible?

—Alégrate, tontina; ya ves que es valiente como sus hermanos.

—Pero, ¿y Marcos?

—Dios sabe qué ha sido de él.

* * *

Una vez fijados todos los permenores del largo viaje, Julio volvió al lado de Priscila, radiante de gozo.

—Nenita de mi alma, tú no sabes la noticia que te traigo.

—¿Definitivamente es cierto que tú eres ya capitán?

—¡Ah! ¿te lo vinieron a decir? Pues no te engañaron. Aun me parece un sueño. Cuando el señor Worthen me dijo que me haría capitán de su barco... créeme, Priscila, me pareció que se estaba burlando de mí. ¿Estás contenta, amor mío?

—¡Estoy tan orgullosa, Julio, que abrazaría en ti a los dos! ¿No merece el Sr. Worthen todo mi afecto?

—¡Ya lo creo! Y puedes abrazarle si quieres... pero en mi.

—Estate quieto, Julio; fué una broma.

—Bueno, mujer; pero ha llegado el momento de formalizar las cosas... Nos casaremos seguidamente, y embarcaremos juntos en el «Nathan Ross». ¿No te parece bien?

—No corras de esa manera... Esto hay que pensarlo muy seriamente.

—Tiempo has tenido de conocerme para que te decidás ahora mismo, sin que lo hayas de consultar con

nadie, a que nos tomemos los dichos en seguida para casarnos a la mayor brevedad.

—Esto es un poco brusco, Julio. ¿Qué dirán en casa?

—Guíate por la voz de tu corazón. Si me amas de verdad, no podrías consolarte de mi larga ausencia, ni yo de la tuya. ¡Compláceme, Priscila! Sería algo digno de una novela... Tú y yo sin separarnos un momento, paseando durante dos años nuestro amor por



—Guíate por la voz de tu corazón. Si me amas de verdad, no podrías consolarte...

todos los mares.

—Es verdad. Sería muy divertido... ¡y terriblemente romántico!

—Priscila, adorada mía, no me atormentes. ¿Serás mi esposa y me acompañarás en mi viaje?

—Tengo una condición que imponerte.

—Acepto todas las que me exijas.

—Que me ames siempre tanto como yo te quiero.

—¡Oh, mi vida! Amarte más que hoy ya no es posible.

—¡Atrevido! Sé formal o me enfado...

—Ven, acércate a mí. Así, juntos de cuerpo y espíritu como nunca, te diré que mi amor por tí es inmenso, que tú eres para mí la razón de mi vida, que seré el esclavo de tu dicha....

Cerraba la tarde... Un disco blanquísimo y sin sombras brillaba en el cielo...

Era la hora serena del amor.

*
*
*

Priscila y Julio se casaron. Días después, en los mares del trópico, bajo el mágico arrobamiento de la luna de miel, que ambos juzgaban de dulzura inextinguible, los desposados confundían sus acentos apasionados con el rumor de las inquietas olas.

—Yo navegaría así siempre... ¡siempre! — la decía Julio.

—Bésame, esposo mio—le pidió ella.

Pero Julio no la obedeció. Había visto que Finch y dos marineros más los estaban mirando, y no quiso que nadie le sorprendiera en su intimidad con su esposa.

Priscila enfadóse con Julio y no sin resistencia se dejó por él apartar a otro sitio más discreto.

—Sé razonable, mujercita mía; no conviene dar que hablar a la gente.

—Si realmente me amabas ¿qué podían importarte los que estaban mirando?

—Tú no conoces a esa gente y a lo mejor critican cualquier cosa sin importancia.

—Es que yo soy tu esposa y podemos besarnos tantas veces como queramos.

—Claro mujer, tantas como nos cuadre...

—Entonces, quiero que me beses aunque esos tontos sigan mirando.

—Toma...

Los aludidos riéronse quedamente y Finch murmuró a sus compañeros:

—¡Un pollito herido de amor, gobernando un barco, que es faena para hombres recios! ¿Cuándo se vió nada más absurdo?

Pasaron los días. Los deberes de Julio como capitán del ballenero le restaban horas de dulce coloquio con su Priscila.

Ella, en el egoísmo de su amor, se resignaba pésimamente a que no fueran para ella todos los minutos de Julio.

Así las cosas, se derribó la primera ballena que se ofreció a la vista del vigía. Priscila asistió gozosa al por ella desconocido espectáculo de la derrota del cetáceo.

En la monotonía de su nueva existencia esa emotiva operación sacudía un poco su espíritu.

Sin embargo, durante toda la tarde, el hedor de la grasa hirviente de la ballena ascendiendo, asfixiante, de las marmitas en que se obtenía el aceite, sublevó a Priscila, que fué a quejarse a su esposo.

Julio, cuando llegó su mujercita, acababa de relatar en el libro de navegación, los sucesos de aquel día, que eran estos:

Viento del Este. Hoy fué descubierta y matada nuestra primera ballena. A bordo reina un gozo indescribible.

—Hiciste bien en venir, Priscila, porque ahora mismo iba yo a buscarte.

—Si he venido, Julio, es porque no puedo menos de

decirte que yo no puedo vivir así. Tú con tus cosas te olvidas de mí. Y encima ¿es que voy a estar dos mortales años aspirando este insoportable olor a aceite de ballena?

—No te pongas así conmigo. Bien sabes que hago lo posible por complacerte. Comprendo que te impacientes un poco, pues falta la costumbre. Ya verás, cuando pase otro mes, no sólo te habrás familiarizado con ese olor que hoy te es tan ingrato, sino que hasta puede que te guste.

—¡Imposible! ¡Cómo puedes tú suponer eso! ¡Siempre lo hallaré repugnante, odioso!

—No lo creas, Priscila. Atiende, mujer...

—¡De saber yo que esto iba a ser lo que es, no hubiera venido! Antes, yo era todo para tí... Hoy, todas las promesas que me hiciste se han volatilizado... Me tienes como una cosa secundaria.

—Calla, por Dios, Priscila... calma tus nervios y no digas más tonterías... Hoy mismo anclaremos en Tubuai, a ver si allí podemos encontrar algunas huellas de Marcos.

—¡Estoy harta de agua! ¡Quiero ver tierra, pisar tierra... o me volveré local!

Tras esta violenta exclamación, Priscila, secundando un impulso de sus nervios, contestó a una frase de consuelo de Julio, descargándole una mano en su rostro y encerrándose luego en la habitación conyugal.

Julio no se dejó abatir por la conducta de Priscila, calificándola de enfermedad pasajera, y disculpándola atribuyéndose a sí mismo la culpa por haber separado a su esposa de sus costumbres de soltera a cambio de una vida tan distinta.

Por lo tanto, en vez de reprender a su esposa por su gesto de cólera mal reprimida, optó Julio por aguardar

pacientemente que la reflexión le devolviese la culpable arrependida.

En su encierro, Priscila, en cambio, deseaba que Julio la castigase, derribando la puerta y estrechándola, apasionado, entre sus brazos ¡como un amante de novela!...

A la caída de la tarde, el «Nathan Ross» fondeaba en Tubuai.

En Priscilla no se habían disipado aún los irrazonados ojos de niña mimada.

Y ocurrió un hecho inesperado, que dejó a todos suspensos de admiración: ¡Marcos Shore, el capitán desaparecido, remaba desesperadamente hacia el barco, procedente de la isla!

La tripulación del «Nathan Ross», con Finch a la cabeza, saludó con grandes muestras de júbilo el regreso de su antiguo capitán.

Julio, al ver a su hermano, sintió renacer en su pecho la aversión a que Marcos siempre se hizo acreedor con su desconsiderado trato, como de señor a criado. Sin embargo, alegróse de su vuelta sano y salvo y se asió a la esperanza de que desde aquel momento Marcos sería otro para él.

Finch, con ánimo de molestar a Julio—a quien no le perdonaba el haberle ganado el grado de capitán del barco del que desde algunos años era el primer piloto

—, dijo a Marcos en nombre de todos:

—Estamos muy contentísimos de que haya vuelto usted a nosotros ¡capitán Shore!

—Gracias, compañeros. No dudo de vuestra fidelidad... ¿Eh?... ¿Eres tú, Julio?... ¡Quien lo creyera, muchacho! ¿De modo que el viejo Worthen te colocó en mi puesto?... ¡A tí!

—Sí, Marcos, a mí.

—¿Cómo fué, pues, eso, Finch?

—Yo no quise el cargo, señor. Estaba seguro de que usted volvería a su barco.

—Bien, chico... ¿Y cómo te va en un empleo de hombre?—prosiguió Marcos, dirigiéndose a Julio, en el tono burlón de costumbre.

Muy enérgico, Julio se impuso a su antes temido hermano con estas palabras:

—¡Si has de seguir hablándome en ese tono, Marcos, puedes volver a tierra!

—Yo imploro humildemente su perdón, capitán.

—Lo mejor sería, Marcos, que bajáramos a mi cabina. Allí podremos hablar.

—Vamos, capitán.

Finch, para quien la reaparición de Marcos venía a ser la confirmación de que no podría exceder de su grado de primer piloto, deseó que la discordia entre uno y otro capitán, Julio y Marcos, le ayudase a realizar su ansia de mando. Y dijo a los que le rodeaban:

—Hasta ahora, nunca hubo un barco bastante grande para tener dos capitanes.

Marcos y Julio habían bajado a la cabina que fué de aquél y era entonces de éste según contrato del armador. Quien mandaba, a lo menos durante aquel viaje, en el «Nathan Ross», era Julio. Marcos debía, por tanto, obedecerle.

Priscila experimentó una viva alegría al ver a Marcos,

—¡Oh, Marcos! ¡Bien me decía a mí el corazón que usted no había muerto!

—¡Hola, preciosa cuñada! ¡Digo, por lo que veo os habéis casado! Conque, ¿morir yo? Aun me queda mucho que vivir, habiendo tantas muchachas bonitas en el mundo. ¿Qué, cómo va esa luna de miel? ¡Apostaría que os amáis mutuamente con verdadera locura! ¡Magni-



—Priscila, adorada mía, no me atormentes. ¿Serás mi esposa y me acompañarás en mi viaje?

fico, Julio, magnífico! Os aseguro que me inclina a una benevolencia, a una dulzura que jamás sentí, el veros a los dos tan felices.

Priscila, con disimulo, apartó varias veces de sí las manos atrevidas de Marcos, y Julio pasó por la tortura de contener su puño para no dejarle indicar al semisalvaje hermano que respetase a su cuñada como se merecía...

*
*
*

Cuando sobre cubierta se extendía un silencio augusto y los centinelas nocturnos habían tomado sus puestos, Marcos dijo a Julio con misterio:

—¿Tienes la certeza de que Priscila duerme? Porque hay algo en mi historia que no es para sus preciosos oídos.

Julio se levantó de su silla y aplicó su oído a la puerta de la habitación conyugal. Por el silencio que reinaba en el interior dedujo que Priscila dormía. Entreabrió la puerta y desde la misma contempló a dormida en el lecho. Entonces, volviendo al lado de Marcos, le dijo:

—Habla sin temor; pero, por si acaso, no levantes la voz.

Priscila, que había fingido dormir para escuchar lo que hablasen los dos hermanos, acercóse con sigilo a la puerta y siguió punto por punto el relato de Marcos.

—Supongo que tú me creerías encantado por la leyenda de los mares del Sur... y que esto me hizo abandonar mi barco. Si tal piensas, Julio, no te engañas del todo. Tenía un poco de excitación, de fiebre, y había bebido con exceso tal vez. Recuerdo que salté a tierra. Luego viene un espacio en blanco, una laguna de ideas desordenadas, confusas hasta que gracias a una adora-

ble salvaje fui auxiliado por una tribu de un lugar perdido en el mar.

La fiebre me tuvo postrado varios días, durante los cuales ella me cuidó amorosamente, preparándome bebidas refrescantes con jugos de plantas.

Poco tardé en restablecerme; pero mi barco había zarpado ya, con no sabía qué rumbo... y me ví obligado a quedarme en la isla.

Un día, mi adorable enfermera se vió acosada cobardemente por dos marineros de un barco que había fondeado cerca de la isla para buscar agua, y yo salí presto en su defensa.

Uno de los marineros salvó, huyendo, su vida; pero el otro... el otro cayó muerto a mis pies. Le llevé ventaja en la lucha y le maté como él me hubiera podido matar a mí.

Esos marineros llevaban una bolsa de perlas de la que me apropié fácilmente; pero el que huyó regresó pronto con sus compañeros armados, sin duda para rescatar las perlas, y mi buena salvaje y yo fuimos blanco de sus disparos.

La suerte me protegió, mas no así a la indígena, que fué alcanzada en el corazón por un certero tiro. ¡Pobre mujer!

Después de besar, en homenaje de amor y de dolor, la frente de la muerta, corrí a ocultar las perlas de los marineros perseguidores.

La lucha que se me presentaba era terrible; pero la aparición de los indígenas, que acudieron al ruido del tiroteo, puso en fuga a mis enemigos.

Sin embargo, la ira y el dolor de la tribu entera por la muerte de mi pobrecita salvaje se volvió contra mí, y escapé de esa isla perdida milagrosamente con vida.

Acusado de aquel crimen, condenado acaso a morir

por una sangre que yo no derramé, mi vuelta era imposible. Las perlas están allí todavía.

La isla, querido Julio, no está muy lejos de tu ruta... y las perlas tienen un valor de cien mil dólares, por lo menos. Podemos recogerlas tú y yo... sin que nadie lo sospeche.

Julio, que había oído con atención la aventura de su hermano, le contestó con repugnancia:

—Tus perlas no valen lo que tú dices... Ha caído ya demasiada sangre sobre ellas.

Priscila, en su habitación, hizo un gesto de desagrado al oír la respuesta de su esposo a la tentadora proposición de Marcos.

Marcos trató de sobornar a Julio pintándole la holganza en que vivirían si pudieran entrar en posesión de la fortuna oculta.

—Esas aguas no están en ninguna carta de navegar. ¡No, Marcos! Yo no puedo, no debo arriesgar el barco de Worthen y las vidas de mis hombres. —respondióle Julio.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? Según a lo que tú lames miedo.

—En el diario de navegación de nuestra familia hay escrita una frase que tú conoces: *Todos los hermanos fueron valientes*. Será necesario añadir: *«todos menos uno»*.

—Ya veo por donde vas, Marcos. Pues bien, digas lo que quieras, no iremos por las perlas. Hay en esa empresa un peligro que no me atrevo a correr, una gran responsabilidad que no quiero asumir.

—¿Es esa tu última frase?

—Sí.

—Piénsalo mejor.

—Es inútil. Mi decisión es irrevocable. Lleva a cabo

tu proyecto si quieres, cuando seas, si lo eres, reintegrado por Worthen en tu puesto de capitán.

—¿Sabes que me asombra tu firmeza?

—Sé cumplir con mi deber. Te ruego que no hables de las perlas a la tripulación; la codicia podría rebelarla contra mi autoridad.

—Descuida que no le hablaré. Buenas noches... y que tengas un feliz sueño.



Marcos trató de sobornar a Julio pintándole la holganza en que vivirían...

Había en las palabras de Marcos un doble significado. Julio, bueno como era, sólo vio el lado honrado.

Priscila se metió apresuradamente en la cama cuando Julio se quedó solo en la cabina, para aparentar estar dormida si él, como era de prever, entrase en el dormitorio.

En efecto, Julio llegó hasta el lecho donde descansaba Priscila y creyendo sinceramente en su sueño tranquilo y dulce como su rostro de nieve, no se atrevió siquiera a besarla para no despertarla, y salió luego de la habitación haciendo el menor ruido posible, a dar órdenes a sus subordinados.

Contrarióse nuevamente Priscila con Julio, esta vez porque no la había besado, sin comprender la consideración que le había impedido hacerlo.

Y la fantasía de Priscila voló hacia la isla de donde escapara Marcos, hacia aquella adorable salvaje que murió defendiendo con su cuerpo el de Marcos, y hacia aquellas perlas valiosas...

En tanto que Marcos, traicionando a su hermano, repetía a los marineros que le eran más adictos:

—¡Perlas, sí! ¡Lo menos cien mil dólares en perlas, esperando allá la mano que quiera tomarlas!

* * *

Por la mañana, las mágicas palabras «perlas» y «fortuna», se propagaron con rapidez de voraz incendio entre la abigarrada tripulación y ya se jugaba sobre la participación que a cada cual le correspondía en el tesoro.

Finch, deseoso de desbancar cuando menos a Julio, dirigió el movimiento de insubordinación al capitán efectivo y acatando la orden de Marcos hizo cambiar el rumbo del barco, gritando en tono de reproche al vigía que iban por perlas y no por ballenas.

El carpintero Aarón se encargó de avisar a Julio del grave caso que había surgido en el barco. Para ello le separó de su hermano, que estaba con él en la cabina, y le dijo:

—Los hombres andan locos charlando de perlas... y pe la participación que Marcos les ha prometido. Tome

usted sus precauciones, Julio. No se fie de nadie, y menos aún de ese viejo cocinero que es un carcamal.

Palideció Julio y al volver a su cabina el cocinero a quien Aarón había aludido, le detuvo a la puerta de la cocina:

—Ese carpintero no es de fiar, créame—le advirtió.

Julio, dentro de la preocupación en que le había sumido la revelación del carpintero, aun tuvo una sonrisa cuando adivinó que los dos viejos de a bordo, por envidia de sus respectivos empleos, se querían como perro y gato.

Marcos, cuando se hubo ausentado Julio con el carpintero, se quedó charlando con Priscila. Esta, impelida por la curiosidad, le dirigió este ruego:

—¿Quiere usted contarme algo acerca de la muchachita *bronceada*?

Extrañóse Marcos de tal pregunta; mas de súbito, comprendiendo lo que hiciera Priscila la víspera, le dijo:

—¡Así me gusta, señorita! ¿De modo que estuviste escuchando anoche?

—¿A qué negarlo? Oí algo...

—Te pareció interesante... y seguiste escuchando. Pues bien, a lo que ayer dije nada tengo que añadir. Todo lo sabes... Lo que me imagino que tú quieres saber es probablemente algún detalle de esa indígena, ¿no es verdad? ¡Lástima de mujer! Sí, cuñadita; porque a pesar del color de bronce de su piel, ella era fina, delicada como tú, Priscila. Su cabello como el tuyo... Sus ojos como los tuyos... Su boca...

Priscila había inconscientemente tolerado las caricias en su cara, en su cabello y en sus ojos, que la hizo Marcos a medida que iba comparándola con la infortunada indígena, y no pudo impedir—porque se despertó de la

ilusión demasiado tarde—que la aprisionaran sus brazos de hierro para besarla, a lo cual ella se opuso con toda su alma.

Julio apareció en este crítico instante y aunque era cierto que el gesto de Priscila había contenido las torpes audacias de Marcos, Julio, que lo ignoraba, hallábase ante un problema de dignidad y de sentimiento.

Marcos, sorprendido en actitud poco honrosa a los



...y no pudo impedir que la aprisionaran sus brazos de hierro para besarla...

ojos de Julio, que disimuló no dar importancia a lo que había visto, cual si no pudiera sospechar la verdad por tratarse de un hermano, se avino a seguirle fuera de la cabina.

Priscila, desconcertada y presa de pánico, se preguntó por qué Julio no había intentado al menos reñir con

Marcos ante la evidencia del libertinaje de éste. ¿Era realmente su marido un cobarde? ¿La leyenda del valor de los Shore terminaba en él?

Pero de otro asunto más apremiante se ocupaba en aquel momento Julio, reservando para más tarde la discusión de la cuestión personal.

—Marcos, ¿mandaste tú cambiar el rumbo del barco?—le preguntó Julio, severo.

—Tú no quisiste atender a razones, Julio... y tuve yo que volver a ser el capitán. ¡Vamos por las perlas!—contestóle cínicamente Marcos.

En un abrir y cerrar de ojos subió Julio a cubierta y gritó a la tripulación:

—¡No iréis por esas perlas! ¡Vuelva cada hombre a su trabajo!

Pero todo había sido ya convenido y a un gesto de Marcos, Julio fué reducido a la impotencia por un puñado de hombres y encerrado en un cuartito-armería, previa distribución entre los rebeldes de las armas que en él había.

Priscila presencié el abuso que se cometía con Julio y protestó vanamente.

—Quédate tranquilo, Julio. Yo cuidaré como es debido a tu mujer—había osado aún decirle Marcos a su hermano antes de encerrarlo.

Los rebeldes volvieron a cubierta dispuestos a imponer la voluntad de Marcos hasta encontrar las perlas.

Julio, en su encierro, pasaba por la dolorosa certidumbre de que su hermano estaba cometiendo el imperdonable crimen del mar: la sedición.

A la puerta del cuarto en que fué encerrado Julio había un hombre de guardia a pesar de que Aarón, por orden de Finch y Marcos, puso un cerrojo en la puerta por fuera después de haberle atado con una cuerda.

De súbito, Julio pensó que Aarón era un alma noble que no podía traicionarle, y que con toda seguridad la cuerda con que le había atado debía haberla cortado y que el cerrojo cedería por poco que empujase la puerta.

Lo que iba a hacer era peligroso pero no se arredró ante el peligro y consiguiendo libertarse de sus ligaduras echó abajo el cerrojo de un soberano empujón cayendo encima del centinela. La lucha de Julio con el rebelde de guardia fué breve. Priscila, espantada y al mismo tiempo admirada de su esposo, la presencié desde el umbral de su habitación en la que se quedara llorando amargamente cuando Marcos hizo encerrar a Julio.

Julio dominó al rebelde y con la cuerda que apocriamente le ató Aarón, amarró al vencido *sin trampa*.

Priscila se puso delante de Julio cuando éste iba a subir a cubierta, y le imploró llorando:

—¡Déjame que te ayude, por favor!

Con autoridad irreplicable, Julio la ordenó:

—¡Vuelve a tu cabina, y no intentes moverte de allí!

*
**

El viejo cocinero del barco pudo ayudar a Julio y mientras éste con una sangre fría admirable, mantenía a raya revólver en mano, a Marcos, Finch y su gente armada, él los desarmó.

No pudo Priscila obedecer a Julio y le siguió a cubierta. Ocultóse amedrentada y, ansiosa, seguía la marcha de los sucesos, palpitante por la suerte de Julio su angustiado corazón.

Julio mandó atar de las manos a Finch y a Marcos a unos mástiles y tras esta medida de precaución arengó a la tripulación del barco, recordándole sus deberes.

—¡No se verterá sangre en este barco! ¡Volved a vuestros puestos!—terminó Julio.

E hizo un gesto de paz ante todos los silenciosos marineros, arrojando al agua el arma con la que pudo sofocar la rebelión descartando a los principales culpables.

El rebelde que atara a Julio subió arrastrándose a cubierta y desató a Finch con los dientes. Este a su vez, le desató a él, y no pudo, por más que lo intentara, libertar a Marcos... porque sus ligaduras eran unas cadenas de hierro.

—¡Maldita sea!—gruñó Marcos!—¡No deje usted que él le impida ir por esas perlas, y mándeme un par de hombres para serrar este mástil!

Y ocurrió que en el momento que la tripulación, convencida por las frases cálidas de Julio, iba a volver a su trabajo, Finch, interviniendo airado, sembró de nuevo la discordia entre los marineros.

Los hombres se dividieron en bandos; muy pocos, leales a Julio; los más, ansiosos de la fortuna que las perlas les prometían.

Julio fué arrollado por una masa de carne excitada por Finch. Defendióse cuanto pudo pero era de temer un resultado desastroso para él.

Las proporciones que adquiría la lucha entre las dos facciones llegó a alarmar seriamente a Priscila.

Loca de terror, fué a suplicar ayuda a Marcos.

—¡Están matando a Julio!—le dijo.

Marcos fingió que no le importaba un ardite lo que le estaba ocurriendo a Julio, pero Priscila con sus ruegos de alma desgarrada, ablandó la suya.

—¡Llámelos, por favor! ¡Dígales que lo dejen!... ¡Es su hermano!—le gritaba llorando a partir el corazón Priscila.

—¡No pueden oírme, no pueden!—exclamó el preso. Al fin, Marcos, descubriéndosele la negra venda que

había cubierto durante tanto tiempo los ojos del cariño fraternal, quiso ir a defender la vida de Julio aunque arriesgara la suya.

¡Pero no pudo! ¡Sus ligaduras eran de hierro!

Sin embargo, no había tiempo que perder. Y el remordimiento de Marcos por su conducta indigna con su hermano menor, que era todo un hombre, sin duda alguna el más valiente de todos los hermanos, lloró de



Los hombres se dividieron en bandos: muy pocos, leales a Julio;...

rabia ante su impotencia y sus salvajes instintos de antes se trocaron en energía sobrehumana para defender a un ser de su sangre inicuaamente atropellado.

Y en un supremo esfuerzo destrozóse las manos para libertarse de las cadenas que las aprisionaban.

—Soy yo, Julio, soy Marcos... ¡Nada temas estando

yo aquí! —dijole con vehemente esperanza de victoria.

—Contaba contigo, Marcos... Tú no podías abandonarme—balbuceó Julio visiblemente satisfecho de comprobar la enmienda de su hermano.

Marcos, en pocos segundos, consiguió apaciguar a los amotinados.

Pero Finch, enojado contra el traidor Marcos, decidió su derrota arrojándole un motón a la cabeza.

El golpe fué tan brutal que Marcos, que se hallaba junto a un costado del barco, cayó en el acto sin sentido en el agua.

Julio, sin vacilación, hizo ademán de arrojar al agua para salvar a su hermano.

Priscila lanzó un grito de horror.

La marinería quiso oponerse a tan temerario arrojo de Julio; mas éste, atento al dictado de su conciencia, les contestó:

—¿Qué me importan los tiburones? ¡Voy por mi hermano!

Y fué, en efecto, entre el asombro general.

Pero regresó solo.

Como todos los marineros lo habían presagiado, Marcos fué devorado por uno de los tiburones que le deaban el ballenero.

La vida tenía que proseguir su curso; el trabajo del día reclamaba todos los brazos.

Julio, sobreponiéndose a sí mismo para mandar en todos y llevar a buen puerto su barco, dió órdenes como de costumbre:

—¡Daos prisa, muchachos! Hay mucho que hacer. ¡Bajad vuestros botes!

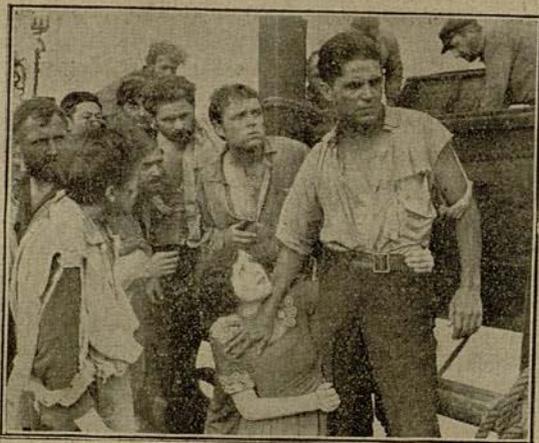
A Finch, como se supone, se le pusieron grillos, encerrándosele en la bodega.

El carpintero estaba radiante de contento.

Lo mismo le sucedía al cocinero.

Esos dos viejos, cuando hubo pasado la tormenta a bordo, durante la cual se persiguieron como si fueran de bando opuesto, se encontraron frente a frente y el cocinero dijo al carpintero:

—¿Por qué no me dijo usted que estaba de parte de Julio?



—¡Voy por mi hermano!

—Si usted tenía en la cabeza algo parecido a sesos debió verlo sin que yo se lo dijera.

Desde ese momento los vejetes fueron los mejores amigos del mundo.

Una hora después, el alegre orden de cosas de otros tiempos volvió a reinar en el castillo de proa.

Pero a popa quedaban aún corazones oprimidos por la tristeza: Priscila y Julio.

Este, en su cabina hacía en el libro de navegación la reseña de los sucesos del día.

El parte era el siguiente:

VIENTO DEL OESTE.—*Hoy hemos obtenido el barril sesenta de aceite de ballena. Marcos, el cuarto hermano de la casa Shore, fué muerto traidoramente mientras luchaba para sofocar un motín a bordo.*

“Todos los hermanos fueron valientes.”

* * *

Julio, recogido en espíritu para llorar la muerte del hermano, oyóse llamar por una voz velada por la emoción:

—Julio, ¿me perdonas?

El la esperaba con ansia. Y le respondió, mojándole el rostro con sus lágrimas:

—No me pidas perdón, Priscila de mi alma. Yo, privándote, por atender al trabajo, de las ternuras de mi amor, fui tan culpable como tú... ¡acaso más culpable!

“Todos los hermanos fueron valientes”

Pero Julio, además de ello, era magnánimo.

FIN

Revisado por la censura militar

(Prohibida la reproducción)

Próximo número : : EXTRAORDINARIO

Sábado, día 26 de Abril.

LA BATALLA

grandioso poema dramático, adaptación de la novela de Claude Farrère.—Principales intérpretes: *Sessue Hayakawa, Tsuru Aoki, Gina Palermo, Jean Dax.*

Gran éxito

Precio: 50 céntimos

Postal fotografía: MME. ROBINNE

PROGRAMA "CAPITOLIO"

"METRO PICTURES"

Compuesto solamente de grandes exclusivas

LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS - Libro de Blasco Ibanez - Dirección de Rex Ingram - por Rodolfo Valentino y Alice Terry - CLEO LA FRANCESITA - por Mae Murray - LA DAMA DE LAS CAMELIAS (versión moderna) - por Nazimova y Valentino - NO ME OLYIDES - por Bessie Love y Gareth Hughes - MUJERES FRÍVOLAS - por Bárbara-La-Marr, Ramón Navarro y Lewis Stone - LA ROSA DE NUEVA YORK - por Mae Murray - ¡ESTABA ESCRITO! - por Otis Skinner y Elinor Fair - LA FAMOSA SEÑORA DE FAIR - por Myrtle Stedman, Marguerite de la Motte, Cullen Landis y Huntly Gordon - EUGENIA GRANDET - por Alice Terry y Rodolfo Valentino - LA FUGA DE LA NOVIA - por Viola Dana - EL PESCADOR DE PERLAS - por Alice Terry y Ramón Navarro - NATHAN EL SABIO - por Werner Krauss y Bella Muznay - EL ALMA DE OSCAR - por Madge Bellamy - LUISA MILLERIN - por Lil Dagover y Werner Krauss - TODOS LOS HERMANOS FUERON VALIENTES - por Billie Dove, Lon Chaney y Mac Gregor - EL PRISIONERO DE ZENDA - por Alice Terry, Bárbara-La-Marr, Lewis Stone, Ramón Navarro, etc. - ESPEJOS DEL ALMA - por Kate Rüse y Gunnar Tolnaes - UNA NOVIA PARA DOS - por Viola Dana - LAS DOS RIQUEZAS - por Henri Malverg, Ica Frederik y Alice Weng.



Retenga esos nombres y acuda donde se exhiban si quiere admirar lo mejor en cinematografía.